

ESPADA

El golpe de espada es el momento supremo de la tauromaquia. Todas las fases de la lucha trabajan juntas para prepararla. Esto es, al menos, lo que estamos acostumbrados a leer en los autores o escuchar de viejos aficionados. La realidad puede no ser tan absoluta.

El público acude al espectáculo taurino para divertirse. Disfrutó en momentos muy diferentes del juego de toros, antes de interesarse por el estocade. En la época de la ocupación de España por los árabes, entonces a lo largo de los siglos XVI y XVII, la muerte del toro tenía la finalidad esencial de librar la arena del animal con el que se había jugado y que las heridas, muy profundas, de las lanzas de los jinetes habían hecho casi moribundas. El problema era acabar con la bestia: para este propósito, se usaban medias lunas para cortar sus corvejones, si era necesario después de haberla inmovilizado por el ataque de una manada de mastines. Finalmente fue apuñalada o una hoja de espada se hundió en sus costados. Para usar un término de veneración, fue "servido" un poco como un ciervo reducido a hallali.

En el siglo XVIII, surgió una fuerte reacción contra la anarquía y la falta de nobleza que presidía las corridas de toros. Los señores de la corte, que en el pasado habían sido los principales actores y promotores de estos festivales, comenzaron a alejarse de ellos. La tradición podría haber muerto allí, pero luego vimos la aparición de profesionales, de las clases trabajadoras más modestas. Para salvar su arte, lo sometieron a reglas muy estrictas, que gradualmente definieron. Así nació la tauromaquia moderna, de la cual, si sigue siendo una pelea, su principal característica es, sin embargo, el desarrollo de una esgrima elegante a través de la lucha libre.

El primer cuidado de estos pioneros de la era contemporánea parece haber sido rehabilitar el tan discutido momento de la muerte del toro. Ya en 1726, los instrumentos fueron desarrollados, su uso se detuvo. Se dice que Francisco Romero fijó el modelo de la espada, así como el de la *muleta*, nacido de la necesidad de dirigir la cabeza del toro en el momento de la estocada. Unos años más tarde, Joaquín Rodríguez "Costillares" inventó el *volapié*, suerte en la que uno se lanza sobre el toro con la espada en lugar de recibirla (esp: *recibir*) en la punta de la misma. Los animales que están agobiados o valientes ahora pueden ser ejecutados como los demás.

A partir de este día, el estocado es la novedad, y la forma en que se ejecuta, lo convierte en el acto más valiente de la tauromaquia. Es lo que el público viene a ver y juzga por la forma en que se usa, más que por sus propios resultados.

Las características requeridas son las siguientes:
1°) El toro debe colocarse en el suelo apropiado, con las patas cuadradas (esp: cuadrado) de manera que un desplazamiento del hombro no cierre el espacio intercostal donde penetra la

hoja, con la cabeza medio baja para descubrir la cruz sin estar, sin embargo, en condiciones de recoger al hombre de paso. Ciertamente, en el recibir, que todavía se practica, como en las estocadas *aguantado*, a un *tiempo* o *arrancado* asimilable a tres cuartos, medio o cuarto de *recibir* ya que la bestia sale primero y cruza tres cuartos, mitad o cuarto del camino que la separa del matador, estas precauciones – aparte de eso, Siempre esencial, desde la elección de la tierra, son superfluos. Los golpes de esta manera serán necesariamente más arriesgados y, a menudo, menos precisos.

2°) Ya sea que el matador se apresure (*volapié*) o espere la carga (*recibir*), debe atacar en línea recta. Si se desvía (esp: *echarse fuera*) o describe un ligero arco para girar la bocina como en las banderillas (esp: *cuarteo*), esquiva el peligro real. Además, se obliga a golpear extendiendo el brazo y pierde toda precisión en su puntería.

3°) El detalle esencial del estocade es que se combina con un pase muleta de rigurosa precisión. La mano izquierda atrae a la bestia y la dirige hacia su salida (esp: *vaciar*) mientras que la derecha, mediante un cruce de los brazos (esp: *hacer la cruz*) simplemente conduce la espada. Así el hombre puede pasar el cuerno doblando el cinturón y escapar por el lado del animal. El encuentro es rápido; cada vez, estrictamente medido. El más mínimo error expone al hombre al más peligroso de los *cogidas*. La negligencia en el rendimiento, o incluso la mala suerte, es probable que comprometa el resultado perseguido. Una de dos cosas, o la espada entra sin resistencia, o choca contra un hueso y es perfectamente inútil empujar más fuerte. En este caso, es necesario comenzar de nuevo y con mayor dificultad, porque el toro aprende a "cubrirse" levantando la cabeza y, según la expresión española, "desarma" al matador en cada nuevo intento.

4°) La lámina se dirige exactamente en la parte superior de la cruz, al ras de las vértebras dorsales para llegar al mediastino, una región rica en vasos sanguíneos que se acerca al corazón. El sangrado interno, más o menos inmediato, hace que la bestia se derrumbe después de tambalearse o se arrodille para agonizar. Una ayuda de la *cuadrilla* lo remata, entonces, con una puñalada en la bombilla: la *puntilla*. Si el animal tardaba en caer, le correspondería al matador dar este golpe de gracia con la punta de la espada (*descabello*). Puede ser que un golpe de espada bien gastado se haya desviado unos centímetros y su efecto sea notablemente más lento. Puede ser, igualmente, que estocadas de apelación, admitidas solo en casos difíciles, o trucos genuinos como el de cegar al toro con la muleta, sin atraerlo hacia uno mismo, y plantar la espada al azar, con un cuerno pasado, tengan un efecto rápido. Este es particularmente el hecho del *bajonazo*, verdadero asesinato perpetrado colocando la espada muy baja en el cuello del animal para cortar los pulmones y causar una abundante hemorragia oral.

El problema ya no es como antes matar por matar, sino hacerlo según las reglas de un arte determinado, la belleza de la ejecución, con el peligro que conlleva para el hombre, es el único criterio de valor. Según él, es que el público aprueba o expresa su insatisfacción, un detalle que nunca deja de ser incomprensible para las personas que asisten a una corrida de toros por primera vez. Es cierto que un largo hábito de carreras por sí solo permite formarse una opinión exacta de la calidad de un golpe de espada, ya que la acción del matador es rápida y

delicada de apreciar en sus detalles. A lo largo del siglo XIX, la principal preocupación de los toreros fue dirigir la lucha de tal manera que encontrara a su toro en las condiciones más adecuadas para la perfecta realización de un golpe de espada. En este sentido, podemos decir efectivamente que cada gesto de la corrida de toros fue pensado con vistas al acto final. Los matadores limitaron el uso de la muleta a la preparación estricta de la estocade. Sin apartarse de una preocupación por la elegancia, apuntaban a la eficiencia. Sorprendería a muchos aficionados modernos recordarles que una *faena* de Lagartijo - de memoria legendaria- apenas superaba los siete pases. Un "asesino" como Mazzantini, no menos famoso, hizo su carrera sin saber prácticamente manejar la muleta. La clásica faena de Antonio Fuentes, que algunos han visto, presentaba un pase natural ligado a un pase de pecho, repetido tres veces y, con un toro *cuadré*, se lanzó con la espada. A principios del siglo XX, las corridas de toros atravesaron una nueva etapa de democratización. Las audiencias se están expandiendo. La capacidad de la plaza de toros es cada vez mayor: la última Plaza de Madrid tiene veinticuatro mil asientos, la de Ciudad de México cincuenta mil. ¿Es el estocado una atracción suficiente para estas masas que han venido recientemente a la corrida de toros, o sigue siendo hermético para ellos, entrevistados desde lo alto de una trigésima fila de un anfiteatro? De hecho, ya no los mueve tanto. Necesitan juego, mucho juego, capas cada una de *las* cuales constituye una pequeña *verdadera faena*, *faenas* de muleta que se alargan hasta veinte pases y más. El público reacciona ahora como si a su boleto de entrada se adjuntara un vale válido para diez verónicas, seis *frentes* por *detrás*, dos pases desde abajo y, sobre todo, cuatro altos, quince pases redondos, ocho *manoletinas*, por toro. Si no los tiene, se considera robado. Ciertamente es su derecho absoluto disfrutar donde lo encuentre. La desventaja es que pocos toros se resisten a este tren del infierno. Llegan a la muerte sin la frescura requerida para estocade, agobiados y generalmente habiendo aprendido demasiado. La muleta, por una asombrosa inversión de las cosas, se convierte en un fin en sí misma y destruye el efecto para el que fue creada: preparar a la bestia para matar. No fue casualidad que los matadores del siglo XIX contuvieran su juego dentro de límites estrictos. Los de hoy lo están haciendo lo mejor posible. Están buscando una manera fácil de deshacerse de sus oponentes, sin exponerse a riesgos por la extensión de la *faena* de muleta. Esto a menudo los lleva a tientas, a multiplicar los golpes de la espada. Dos o tres cuchillas apenas empujadas, luego la "ronda de terrores" como llaman a estas capas pasa por la cual los hombres de la *cuadrilla* se esfuerzan por agotar al toro, y uno esconde el final, más o menos hábilmente, de una picadura al bulbo. Estos espectáculos desgarradores sin duda desarrollan en el público un deseo de eficiencia a toda costa. ¿Lo veríamos a veces pidiendo una oreja en un *feliz descabello*, un recurso que, si pertenece a la tauromaquia, sigue siendo la pura técnica de los mataderos?

La oreja, como sabemos, es la recompensa de un gran estocade. Es el recordatorio simbólico de una antigua costumbre según la cual, a petición del público, el precio de la carne del toro se otorgaba al matador además de sus honorarios, cuando había matado con particular coraje. La generosidad que rige la distribución de las orejas hoy en día es un fenómeno

completamente nuevo. ¡Incluso fuimos tan lejos como para conceder, en un orden progresivo, dos orejas, una cola, una pata! La *Plaza* de Madrid, cuya tradición es mantener la seriedad de las corridas de toros, se opone firmemente a estos excesos. Solo puedes conceder una o dos orejas. Del mismo modo, no está permitido que la música suene para acompañar una *faena* de muleta o la colocación de banderilles de un matador. Los madrileños no carecen de entusiasmo, pero pretenden evitar los abusos a los que se prestan fácilmente las sesenta carreras de su temporada anual. Una consecuencia de la regulación de la matanza del toro es la limitación del tiempo dado al matador para llevar a cabo. Desde el momento en que toma el spe y la muleta, tiene un total de quince minutos. El Presidente entonces mira su reloj. En el minuto décimo, da aviso al matador con un sonido de cornetas. En el decimotercero, viene una segunda opinión. En el decimoquinto, el Presidente agita un pañuelo verde. (El Presidente, para comunicar sus órdenes, tiene un triple juego de pañuelos que agita desde la parte superior de su caja. El blanco señala la salida del toro y los cambios de las tres fases o *tercios* de la corrida. El rojo se utiliza para imponer las banderilles especiales reservadas para *los mansos*. El verde ordena el regreso del toro al toril. Para la propia policía de la arena, el Presidente tiene dos *alguaciles* con los que, en las plazas modernas, está conectado por un teléfono que termina dentro de las barreras). El matador, bajo pena de multa, ya no debe tocar al toro. Los *cabestros* (bueyes reconocibles por la gran campana que llevan alrededor de sus cuellos y que se utilizan en granjas y corrales como perros pastores) llevan el toro que se terminará detrás de escena. Esta es la reprimenda más fuerte que puede recibir un torero y conlleva para él una seria reducción en sus compromisos futuros. En México, los avisos se cuentan desde el primer golpe de espada, hasta el quinto, séptimo y noveno minutos, que es muy parecido.

*

* *

Para iluminar al lector sobre la diversidad de resultados que puede tener un golpe de espada, aquí está la calificación española de los estocades:

1°) *Según su ubicación* en la cruz: es decir a la cruz cerrada por la línea de palerones y la columna vertebral, pero a la izquierda (en el sentido de que el matador se precipita) de la misma. Esta es la estocade perfectamente colocada.

Contraria: ídem; pero situado a la derecha de la columna vertebral. También es bueno.

DELANTERA: Un poco más adelante.

Ladeada: ídem, y ligeramente caída en relación con la columna vertebral.

Pescuecera: en el cuello.

Trasera o *Pasada*: detrás de la *Cruz*.

Caída: Caída a tres dedos de ancho de la columna vertebral.

Golletazo: Caído a más de tres dedos de la columna vertebral.

Bajonazo: ídem, y en el cuello.

2°) Según su inclinación

Bueno: a unos 45° de inclinación.

Perpendicular : a más de 45° *tendida* :

a menos de 45° *envainada* : entre cuero y carne.

3°) Según su orientación.

Recta: Correcto.

Atravesada: desviándose bruscamente hacia la derecha.

Tendenciosa: desviándose ligeramente hacia la derecha.

Desprendida: "Molesta" y desviándose ligeramente hacia la izquierda.

Ida: ligeramente desviada porque el matador, al empujar la espada, la hizo entrar recta y no plana.

4°) Según su profundidad.

Entera: hoja totalmente enterrada.

Honda: dos tercios de la pala.

Soporte: DeHalf-Blade.

Corta: un tercio de una cuchilla.

Pinchazo: la punta exclusivamente comprometida.

Sólo las estocades *en la cruz*, *contrarias* o ligeramente *delanteras* son de efecto asegurado, siempre que sean *rectas*; o las *pasadas* si se plantan muy perpendiculares. La profundidad de la entrada de la hoja no remedia una mala posición de la espada: una estocade corta bien dirigida es suficiente para dejar caer al toro.

Las estocadas bajas (*caida*, *golletazo*, *bajonazo*) también son mortales, pero se consideran matanzas admisibles solo con toros que ofrecen serias dificultades.